

BOURGIN, George et RIMBERT I., Pierre. *El socialismo*. 3a. edición. Editorial Diana, S. A. México, 1970. 142 pp.

En muy pocas páginas, los distinguidos coautores de este libro logran su objetivo: explicar y difundir las causas, objetivos y tácticas del socialismo. El desarrollo del tema es sencillo, metódico y claro. La difusión extensa se logra por el prestigio de la editorial primitiva: Presses Universitaires de France.

El socialismo es un tópico de todos los días. De él se reclaman muchos intelectuales, estadistas, políticos, líderes sindicales y hombres de todas las latitudes. Sin embargo, no todos tienen una noción precisa del contenido y alcance del socialismo. Muchos se dicen sus partidarios por oposición al capitalismo, a los patrones y a las injusticias sociales; su posición es un socialismo de reacción, no socialismo de convicción.

En el medio universitario, sobre todo en el estudiantil, urge que no se tengan "ideas vagas" o "presentimientos" del socialismo, sino que se conozcan bien sus orígenes y postulados. Así, quienes hablen del mismo podrán fortificar sus posiciones y expresarse no sólo con inquietud sino también con claridad. Sólo conociendo bien una doctrina se puede aceptar o repudiar.

George Borgin, director honorario que fue de los Archivos de Francia y Pierre Rimbert, exponen las ideas principales del socialismo, del que son partidarios convencidos. La obra se divide en cuatro pequeñas partes: I.— El capitalismo (sus fundamentos y su expansionismo), II.— El factor voluntario (las clases sociales y la firme actuación de los hombres para crear y transformar la super-estructura social), III.— El periodo de transición (del capitalismo a la economía del Estado) y IV.— De la economía de Estado al socialismo (la inevitable evolución hacia el socialismo).

Del pensamiento socialista exponen los autores que hay dos tendencias: el socialismo conceptual y el socialismo científico. El primero, sostienen Borgin y Rimbert, es el de los precursores, el de Moro, Saint Simon, Fourier, Owen y Louis Blanc; pretende transformar la sociedad, establecer un orden social nuevo y justo, pero no se fundamenta en la realidad, sino que apela a la razón, a la comprensión y al espíritu de justicia de todos, es, en una palabra, "utópico". El socialismo científico, por el contrario, es una forma histórica determinada de la sociedad; consiste en observar los hechos, en buscar las leyes que rigen estos hechos, en utilizar los antagonismos que dominan la sociedad existente y en darle a la clase oprimida conciencia de su papel histórico (p. 10).

De la exposición, fácilmente se infiere que el socialismo se apoya en la dialéctica. Toda vez que la historia ha sido una perpetua transformación, el régimen capitalista lleva en sí el germen de su transformación, la etapa siguiente será el socialismo. Este no viene a ser sino "forma de sociedad cuyas bases fundamentales son las siguientes: 1.— Propiedad social de los instrumentos de producción, 2.— Gestión democrática de estos instrumentos, 3.— Orientación de la producción con objeto de satisfacer las necesidades de los hombres. La realización de tal sociedad implica no sólo la desaparición de la propiedad privada, sino también de la propiedad nacional. Dicho de otra manera: la desaparición de la soberanía nacional es la condición necesaria del socialismo" (p. 17-18).

El socialismo científico nace con Marx en su "Manifiesto comunista". Marx demuestra que el capitalismo es una categoría histórica necesaria y destinada a desaparecer bajo el efecto de sus propias contradicciones, de las cuales la principal estriba en el carácter social de la producción y el carácter privado de los medios de

producción (p. 35). El capitalista busca la plusvalía, la ganancia, sin preocuparse de los obreros y de su situación, porque mientras mayor sea el grado de explotación espera obtener más beneficios. En cambio, la "producción es social porque es el resultado de la colaboración de todos los productores y porque cada uno de ellos no trabaja para satisfacer sus necesidades personales, sino para satisfacer una parte de las de la sociedad" (p. 35) y, además, creemos nosotros que la producción es social por su destino: los bienes industriales o fabricados no son para almacenarse sino para su uso, para su consumo, mismo que es verificado por los hombres, por los miembros de la sociedad.

El interés capitalista —ganancia— choca ineludiblemente con el interés del asalariado —satisfacción de necesidades sociales—; por ello el socialismo pregona la asfixia del capitalismo, quiere que la propiedad de los medios de producción deje de perseguir la plusvalía para consagrarse del todo a la satisfacción de los intereses y requerimientos sociales; porque en el capitalismo "desde el momento en que no hay ganancia la producción se detiene sean cuales fueren la magnitud o la urgencia de las necesidades" (p. 35).

Otra contradicción decisiva del capitalismo que lo transforma en socialismo radica en que la técnica contemporánea tiene una inmensa posibilidad de producción. Se saturan los mercados, se distribuyen por doquier los bienes de consumo; pero ello origina descenso de la demanda y con ello disminución de la plusvalía, aliciente-oxígeno del capitalismo. Por ello éste "se esfuerza en limitar la producción a fin de conservar precios suficientemente rentables" (p. 65) recurriendo para ello a los monopolios y, jurídicamente, a las sociedades anónimas, a las sociedades por acciones en las que el capitalista pierde poco a poco el control de la empresa. El Estado (los autores le llaman nación) estimula la producción, el capitalismo tiende a reducirla. No hay compromiso posible, "o bien el capitalismo se mantendrá y la nación degenerará, o bien el capitalismo será abolido" (p. 65).

Respecto de la participación del Estado en la vida económica de los pueblos (los autores la denominan "economía del Estado" en contraste con la expresión "capitalismo de Estado" a que Lenin se refería), sostiénese que es un paso necesario al socialismo, que demuestra la incapacidad del capitalismo para resolver los problemas de su enorme producción, y que en este estadio sólo debe rebazarse el dique de la "soberanía nacional" para inaugurar la era mundial del socialismo. "La empresa del Estado se manifiesta indirecta y directamente: indirecta por la reglamentación de la economía y de las relaciones sociales; directamente por la nacionalización de la propiedad (p. 67). El intervencionismo se manifiesta por tres características: 1.— La propiedad pública sustituye progresivamente a la propiedad privada; 2.— El Estado sustituye a los capitalistas en la dirección de la vida económica; 3.— Las necesidades de la nación en tanto que potencia soberana sustituyen a la ganancia como motor de la producción" (p. 70).

El socialismo, escriben Rimberty y Bourgin, no sólo interesa a los grandes Estados, sino también a los países subdesarrollados. Para los primeros es indispensable porque así su producción será racional y en función de los requerimientos humanos; para los segundos "porque no tienen otra alternativa que ser colonizados... o crear una economía de Estado, único medio de desarrollar rápidamente la potencia económica indispensable para su independencia" (p. 81).

Para el socialismo el Estado debe desaparecer por cuanto que es un elemento de equilibrio social y, por consecuencia, propiciador de las clases sociales. Su evo-

lución debe implicar una transformación para convertirse en un "consejo de administración de la sociedad". Ahora bien, en el estado actual de cosas, si bien es cierto que hay un control y una participación estatales, no menos cierto es el hecho de que la economía de Estado favorece el desarrollo y primacía de unos Estados en detrimento de otros; se vive la época de la grandeza de los Estados lesionando el supremo y social interés del género humano. Por ello el socialismo debe luchar contra la desaparición de esa molesta barrera que es la "soberanía nacional"; esta es la tarea actual del socialismo, toda vez que "Mientras más grande sea la parte de la renta nacional consagrada a las necesidades de la soberanía nacional, más pequeña será la consagrada a las necesidades de los hombres, es decir, al poder de compra. Esto significa que el aumento del poder de compra es incompatible con la satisfacción de las necesidades de la soberanía nacional" (p. 11).

Los planteamientos del libro son lógicos y congruentes, pero en su parte final se expone, como método necesario, indispensable y casi plausible, un fenómeno contra el cual se opone el humanismo y la concordia: la guerra. La guerra es una espada de Damocles que amenaza a la existencia humana en razón de los contrastes sociales y de las contradicciones capitalistas. Así, la guerra será necesaria y natural; tan natural como la tormenta que es una calamidad para los campesinos mientras que para la Naturaleza es el restablecimiento de un equilibrio" (p. 131). La humanidad "no tiene otra elección: pudrirse en la miseria creciente y perecer en guerras sin fin, o transformar revolucionariamente a la sociedad... con objeto de abolir las fronteras.

Estas últimas aseveraciones siembran inquietud y malestar en los espíritus pacifistas y partidarios del Derecho. Afortunadamente existen muchos otros socialistas que no destilan pesimismo ni destrucción.

Francisco VENEGAS TREJO